

RECENSIONES

CIVILIZADOS Y SALVAJES

VILLAVERDE, María José y LÓPEZ SASTRE, Gerardo (eds.): *Civilizados y salvajes. La mirada de los ilustrados sobre el mundo no europeo*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2015.

La visión hegemónica de la historia de Occidente ha propiciado una determinada lectura de los valores ilustrados que lleva a poner en un pedestal a ciertos autores —en detrimento de otros—, seleccionando casi siempre los mismos libros y pasajes. Con el fin de reequilibrar el reduccionismo implicado en ese tipo de lecturas y superar semejante escollo epistemológico, María José Villaverde, a la cabeza de un grupo notable de especialistas pertenecientes a diferentes Universidades (españolas y alguna norteamericana), promueve desde hace años las actividades del Seminario Ilustración. En 2011 esos trabajos se materializaron en el volumen *Forjadores de la tolerancia*, centrado en la génesis y los límites de esta virtud cívica. El libro que comentamos aquí, *Civilizados y salvajes*, examina y somete a revisión crítica el principio ilustrado de igualdad y las diferentes maneras de aplicación en la práctica. La reflexión sobre los textos que integran la herencia ilustrada desvela las estrategias argumentativas, las excusas y los dobles mecanismos utilizados por ciertos intelectuales que tuvieron la audacia de defender la igualdad al mismo tiempo que la insolencia de restringir su aplicación. Dicho con las palabras de los editores del volumen, María José Villaverde y Gerardo López-Sastre: «Pero lo que se deduce de varios de estos capítulos es que de la igualdad tan alabada en las declaraciones universales de derechos quedaron excluidos no solo los no propietarios, las mujeres y los judíos, sino los negros y los indígenas del continente

americano, encuadrados bajo el término *salvajes*. Y ello en nombre de la superioridad de la “civilización” europea que desde el siglo xvi había ido acuñando un abanico de argumentos para justificar su estatus superior» (p. 21).

Por fortuna esto no sucedió en todos los casos. En la Ilustración europea hubo de todo. Intelectuales como Locke y Voltaire justificaron la expansión civilizatoria en el nuevo continente, pero gente como Hamann, como Herder o Burke denunciaron los abusos de Francia y de Inglaterra. Recordemos, por ejemplo, al radical Desjobert, que luchó denodadamente por la plena igualdad entre los hombres. Y es que cuando de la noción de igualdad se trata, ninguna teoría puede agotar su tratamiento de forma exhaustiva; por lo que resulta obligado revisar con detalle la historiografía y los acontecimientos. En el presente volumen el lector encontrará un repertorio muy significativo de autores ilustrados, de sus obras y de ciertos pasajes relativos al papel del *otro* en la construcción de la identidad europea. El libro reúne trece interesantísimos textos de conocidos especialistas, dispuestos a profundizar en el tema sin miedo a poner de manifiesto las contradicciones ilustradas a propósito del principio de igualdad: su encarecimiento, sus exclusiones.

Esta ambivalencia se dibuja con toda crudeza en la contribución de María José Villaverde: «Paradojas de los ilustrados: de la igualdad a la justificación del racismo», donde la autora desvela los argumentos a favor de la esclavitud y del colonialismo esgrimidos por pensadores que habían aplaudido los ideales de igualdad y de libertad. Sus interrogantes estimulan la reflexión crítica a propósito del riesgo amenazante de xenofobia y de racismo. La escritora deja al descubierto la doblez de autores como Hobbes,





Locke, Hume o Kant, de Turgot, Montesquieu y Jefferson, evocando algunos pasajes menos conocidos de sus libros. El propio Condorcet, que había denunciado la trata de negros, llegó a excusar el esclavismo americano por considerar que era un fenómeno propio de un momento preciso de la historia que terminaría siendo superado. A continuación el artículo ofrece una recopilación de los principales argumentos ilustrados utilizados para justificar las prácticas de sometimiento: si la superioridad religiosa y cultural había sido la principal excusa durante el siglo XVI, dos siglos después se opta por teorías biológicas (Buffon) y raciales, asociando al clima (Montesquieu, Voltaire o Maupertuis), a la raza o al color de la piel las carencias civilizatorias de los pueblos salvajes.

El especialista americano Jonathan Israel, en «El anticolonialismo de los radicales ilustrados», recupera su hipótesis de una Ilustración *radical* para apoyar la existencia de los movimientos anticoloniales de corte revolucionario, como la *Société des Amis des Noirs*. Esta clase de reacción a contracorriente habría crecido en suelo francés sumándose a las propuestas de los revolucionarios. Tal fue precisamente el caso de Condorcet, cuya actitud gestada en torno a 1777 fue radicalizándose hasta concretarse, años más tarde, en la condena furibunda del colonialismo. O del revolucionario Brissot, colaborador de Franklin en la lucha por la emancipación de los negros americanos. Una postura similar habría sido protagonizada en Alemania por el diderociano Wekhrlin. En general, aunque «los radicales abominaban de la esclavitud —sostiene J. Israel— tuvieron que enfrentarse a la resistencia numantina de las asambleas legislativas de los estados sureños, como a la inercia de la mayor parte de la élite norteaña y de la población» (p. 59). Como suele ser habitual en sus trabajos, la clave para comprender reacciones como la de Holbach está en distinguir entre Ilustración *moderada* y *radical*. Esta se habría difundido con la ayuda de panfletos y libelos revolucionarios, en oposición a la literatura dominante que defendía —a pesar de sus proclamas igualitarias— la superioridad del hombre blanco occidental.

En el capítulo «Locke y la alteridad (des) considerada», Francisco Castilla recupera la doc-

trina política del filósofo inglés como base para comprender su postura acerca del *otro*. La salida del estado de naturaleza y la defensa a ultranza del individuo (individualismo) se alinean en Locke con la defensa del derecho a la propiedad privada. En consecuencia, dado que los ingleses han demostrado haber sabido explotar la tierra mucho mejor que los indios americanos, es lógico que entre unos y otros se abra una enorme brecha civilizatoria e importantes diferencias que motivan la defensa de los colonos. En efecto, la propiedad, tal y como es pensada por Locke, es «un derecho que sólo alcanza a quienes mantienen formas de vida ajenas a las de los indios, esto es, a los europeos y, en concreto, a los colonos europeos...» (p. 90).

Jaime de Salas, buen conocedor de Thomas Jefferson como lo acredita su trabajo *Escritos políticos* (2007, 2014), focaliza ahora su atención en la postura del ideólogo y político americano en relación con los principios de autonomía e igualdad y su eventual extensión a los negros y a las tribus indias de América. En «Ideales ilustrados y realidad histórica: Jefferson ante la esclavitud y los indios», Jaime de Salas desvela las claves que impidieron una integración real y efectiva de esos dos grupos en la naciente sociedad americana. En efecto, aunque Jefferson siempre defendió los principios ilustrados de igualdad y libertad, en la práctica los aplicó de forma flexible adaptándolos a las circunstancias dominantes. En su obra *Notes on the State of Virginia* (1781), Jefferson subrayaba las virtudes cívicas de las tribus indias: su valor y lealtad, su cooperación y bondad. Sin embargo, más tarde, él percibe a este pueblo como un riesgo para los independentistas americanos debido a un eventual apoyo de los indios a la corona inglesa. Finalmente, Jefferson renuncia a la integración de los indios y justifica la extensión del colonialismo y la apropiación, previo pago, de muchas de sus tierras. En lo que a los negros se refiere, la postura del constitucionalista americano fue menos congruente. Jefferson defendía en el plano teórico la libertad —«Nada está más claramente escrito en el libro del destino que este pueblo ha de ser libre»—, al mismo tiempo que manifestaba su escepticismo en cuanto a la convivencia en plano de igualdad de hombres blancos y negros. Además, el enorme

coste que tendría para el estado de Virginia la deportación de los negros justifica la tolerancia del *statu quo* por parte de Jefferson.

Julio Seoane pone en valor el papel necesario del *otro* en la constitución de la identidad europea ilustrada. «El otro que somos nosotros. La idea del salvaje que sirvió para componer los Estados Unidos y la Escocia del siglo XVIII» es un texto presidido por una clara preocupación metodológica. Aprovechando el simbolismo de la imagen representada en el cuadro de Benjamín West *La muerte del general Wolfe* (1770), Seoane destaca las similitudes entre los indios y los habitantes de las fronteras de Escocia (*highlanders*) y su función referencial en la construcción del imaginario europeo: situados al otro lado de una frontera, estos dos pueblos —uno en tierras europeas, el otro en tierras norteamericanas— constituyen una referencia obligada para el hombre europeo al hablar de virtudes como la nobleza o la resignación. De tal manera que indios y escoceses aportaron al copioso legado ilustrado toda una provisión de metáforas que señalan lo que el hombre europeo es (civilizado) y también esa condición de buen salvaje que su cultura le ha hecho perder. Es así como «lo otro pasó a formar parte intrínseca de la constitución de dos nuevas naciones [Inglaterra y Estados Unidos] en muy diferentes situaciones» (p. 135), concluye Seoane.

El investigador norteamericano John Christian Laursen reflexiona sobre el olvido político como arma que, en la práctica, contribuyó al buen entendimiento y al progresivo refuerzo de las relaciones entre pueblos de diferentes culturas. Inspirándose en la *Genealogía de la moral* («no podría haber felicidad, dicha, esperanza, orgullo o presente sin el olvido»), así como también en la conocida tesis de Ernest Renan acerca de la función del olvido en la genealogía de las naciones, Christian Laursen centra su trabajo en una noción de olvido *político* que nada debe a la desmemoria individual ni al olvido público: «Más bien consistiría en comportarse *como si* las cosas se hubieran olvidado aunque de hecho no sea así» (p. 145). Un auténtico rosario de ejemplos tomado de textos de autores españoles, franceses, ingleses, rusos y norteamericanos iluminan esa praxis «adaptativa», que constituirá un instru-

mento de primer orden contra la intolerancia y el fanatismo, al mismo tiempo que hace posible el entendimiento comercial y cultural entre pueblos diferentes evitando los derramamientos de sangre.

Fermín de Pino, en «Concepto jesuita de civilización y su aplicación a la época ilustrada», rescata del olvido la contribución de los jesuitas a la noción de civilización. Concretamente la del mexicano Francisco Javier Clavijero, autor de una historia de México donde se reivindica el rango de civilización no sólo para la cultura europea sino también para los pueblos americanos. Dejando de lado ciertos detalles que constituyen una excepción a la regla, el jesuita mexicano sostiene que a ambos lados del océano ha habido figuras paradigmáticas dignas de ser imitadas. El autor del trabajo subraya también la influencia de los jesuitas hispano-americanos sobre la propia Ilustración europea, lo que obliga a reconsiderar algunos tópicos que carecen de base. Y es que, en su opinión, lo que falta no son casos idóneos «sino estudios apropiados de la Ilustración en español» (p. 178).

Gerardo López-Sastre, codirector del presente volumen y colaborador asiduo en las actividades del Seminario Ilustración, dedica su trabajo «La India de William Robertson» al clérigo escocés William Robertson, reivindicando su actitud radical impregnada de humanidad. Por lo general era China, y no la India, la referencia obligada de los ilustrados europeos al ejemplificar la idea de nación extranjera. Robertson es una excepción que confirma la regla: la India es vista por él en clave de Ilustración. El clérigo escocés no se detiene en la consideración de los contrastes culturales de este país ni destaca, como era habitual, su exotismo; antes bien él elogia el espíritu comercial de la cultura india, la especialización laboral que el sistema de castas hace posible o la estabilidad proporcionada por sus tradicionales instituciones. Buenas leyes y bellos relatos literarios llenos de espiritualidad, así como firmes creencias y prácticos ritos religiosos, impregnan a la cultura india de una sabiduría no carente de valores científicos. No resulta difícil adivinar la conclusión en la que desemboca el ilustrado humanista: la India es un pueblo que no necesita para nada a los europeos. Gerardo López-Sastre



subraya que *An Historical Inquisition* (Londres, 1794) es una obra «crítica con el colonialismo» (p. 196), lo que explicará su recepción hostil a lo largo del siglo XIX.

Paloma de la Nuez se hace eco de la teoría del progreso humano de Turgot, como un fenómeno opuesto a la inmutabilidad de la naturaleza: la humanidad pasa por diferentes fases o etapas de su desarrollo y lo hace según diversos ritmos. Esto explica que, en un momento determinado del tiempo histórico, coexistan pueblos que están atrasados si los comparamos con otros que han alcanzado un mayor grado de civilización. La cultura depende sobre todo de una economía basada en la defensa de la propiedad y en una organización política autónoma, frente a los bárbaros que soportan la esclavitud y discriminan a las mujeres. En «Civilizados, bárbaros y salvajes en la teoría del progreso de Turgot», la autora —siguiendo la teoría del ilustrado francés— distingue entre pueblos salvajes, bárbaros y civilizados. Y aunque algunos pueblos alcanzaron un nivel alto en la escala de las culturas, sin embargo, siglos después han terminado estancándose al canonizar de forma acomodaticia su pasado. Tal ha sido el caso de países como Turquía y China. Para el ilustrado francés, es su propia cultura activa la que proporciona el criterio que ha de medir el nivel civilizatorio de los pueblos.

Rolando Minuti es autor del trabajo titulado «Del *Espíritu de las leyes* al *Espíritu de las costumbres*: Aspectos de la obra de Jean-Nicolas Démeunier». Este ilustrado ha sido apreciado por antropólogos del siglo XX como Radcliffe-Brown, Lévi-Strauss o Marvin Harris por sus contribuciones al concepto de civilización y a la metodología de las ciencias sociales. La diversidad social que se manifiesta en los datos culturales y textuales es el punto de partida de Démeunier, quien otorga a la noción de «esprit» un papel central en su antropología reflexiva. Él subraya la función del ambiente natural y de las instituciones políticas como coordenadas de un pueblo. Aunque sus apreciaciones lo hacen cercano a Montesquieu, Démeunier enfatiza los aspectos diferenciales a la hora de abordar la condición específica de los pueblos considerados salvajes. Aspectos como el clima y la alimentación o las manifestaciones religiosas resultan decisivos a la

hora de comprender adecuadamente el binomio cultural salvaje-civilizado. No hay menos horror en las corrupciones y en las barbaries occidentales que en la antropofagia de algunos pueblos primitivos.

El mito de la Arcadia salvaje y su confrontación con la sociedad occidental civilizada es el tema del precioso artículo de Francisco Martínez Mesa «La crítica a la civilización en *Paul et Virginie*». Tras la exposición de la vida y la obra de Bernardin de Saint-Pierre, autor de la novela, Martínez Mesa examina las claves del relato protagonizado por un reducido grupo de personas. La Arcadia feliz donde conviven esos personajes literarios está definida por una ruptura geográfica (una isla en el océano) y por el aislamiento social deliberado. A partir de esos elementos el autor francés examinó con mirada crítica a la sociedad occidental, exhortando a la práctica de la virtud e invitando al hombre europeo a replegarse sobre su conciencia.

En «Poder y civilización en Hamann y Herder. Los primeros escritos», Cinta Canterla pone en valor el rechazo de Hamann al academicismo y escolasticismo filosóficos. La complacencia con estas actitudes por parte de algunos ilustrados se prolonga en otras tantas formas injustas de poder económico, como los monopolios y las colonias. Frente a ellos, Hamann proclamó la necesidad de una filosofía diferente vinculada a la vida, la filosofía de la acción. En cuanto a Herder, él también criticó el colonialismo y denunció con énfasis «las contradicciones de la razón ilustrada y su convivencia con los monopolios de saber y del poder» (p. 274). Deplorando los abusos civilizatorios del hombre europeo, Hamann y Herder despejarán la vía por la que debe transitar la nueva filosofía alemana: la educación para la felicidad del hombre.

El último capítulo del volumen está firmado por María Luisa Sánchez-Mejía: «Transformación de la herencia ilustrada: Los argumentos del colonialismo en el siglo XIX». En él se recapitulan y examinan los tópicos ilustrados que llevarán a la justificación del expansionismo europeo. Los imperialistas y colonialistas se apoyaron en las ventajas del colonialismo para los pueblos salvajes, que de ese modo podrían contribuir al progreso general de la humanidad. La noción de



civilización nacida de la modernidad es sinónimo de triunfo cuando se habla de refinamiento, de secularización, de racionalismo y de libertades. Pero en la medida en que la Ilustración europea ha sido tolerante con el racismo, la expansión colonialista y el imperio, se puede considerar que ha fracasado en su comprensión del *otro*, del diferente.

El volumen contiene, sin duda, un trabajo conjunto muy interesante, enormemente original, rico en matices y bien documentado. Y resulta inevitable pensar que *Civilizados y*

salvajes confirma, de alguna manera, la doble tesis foucaultiana según la cual los discursos de la cultura occidental revelan su vinculación con los mecanismos de poder, lo que a su vez explica la lucha por la hegemonía entre diferentes tipos de discurso. Un índice de nombres hubiese optimizado el aspecto instrumental del libro. Pero la ausencia de este recurso no merma la indiscutible calidad de su contenido.

María Luisa DE LA CÁMARA
(Universidad de Castilla-La Mancha)

